

▷ La mayoría vive en difíciles condiciones económicas y laborales

Casi un millón de chilenos, uruguayos y argentinos se han exiliado en Europa en los últimos cinco años

► Descendientes de europeos buscan protección en la tierra de sus antepasados

David Martín del Campo/corresponsal

MADRID, 11 de noviembre. — Sin documentos o, los menos, con fueres diplomático; como turistas o, los más, con pasaportes falsos, han llegado a Europa cerca de un millón de personas, en los últimos cinco años entre argentinos, chilenos y uruguayos: son hijos o nietos de lombardos, gallegos, bohemios o catalanes que, con sus familias, colonizaron parte de América, y que hoy constituyen un movimiento migratorio mejor conocido por destierro.

Llegan acogidos a las cuotas de asilo para perseguidos políticos que tienen los países desarrollados, o a la posibilidad de residencia que toleran naciones como España e Italia. Y así se cierra esta década en Europa con un reflujo de trabajadores cuya disyuntiva, en la mayoría de los casos, era llegar al extranjero o sufrir el encarcelamiento, la desaparición o la muerte.

"No se trata de un exilio para ganar dinero —dice Eduardo Duhalde, secretario general del Centro Argentino en esta ciudad—; el exilio es un verdadero castigo; es degradante porque obliga a cambios que agravan problemas familiares, económicos en muchos casos se vive como se puede e, incluso, existenciales, cuando no al trauma que significa el cambio de cultura. Es un destierro".

Entrevistado por este diario, ofrece los siguientes datos, que no pueden ser exactos debido a que el fenómeno es reciente: exiliados en Europa hay más de 300 mil argentinos; cerca de 300 mil uruguayos, 200 mil chilenos. A ellos habría

que añadir decenas de miles de paraguayos, brasileños, colombianos y bolivianos que igualmente han emigrado por la persecución política.

Gustavo Roca, presidente del Centro Argentino, ofrece las siguientes cifras del caso de ese país: deben vivir unos 8 mil en Italia, 5 mil en Francia y Suiza, 4 mil en Suecia, 15 mil en Israel, 10 mil en México, y el resto de los exiliados en España. "La historia argentina no recuerda una migración masiva de ese tipo. El caso de Uruguay es patético, porque de sus tres millones de habitantes, se ha restado uno, que se dispersó por el mundo".

La situación del exiliado latinoamericano en Europa es dispar, pues mientras países desarrollados como Suecia, Francia o Alemania Federal mantienen "cuotas de inmigración" para ese tipo de perseguidos, y les dan amparo legal y económico mientras les asignan algún empleo, en Italia y España —más afines con la idiosincracia latinoamericana—, los exiliados viven con una "permisividad muy arbitraria" que los mantiene distanciados de un trabajo formal.

Ocurre por ejemplo que Daniel Moyano y David Viñas, ambos escritores argentinos, tengan hoy que desempeñarse como albañiles, o que Marta Bottini, hija de argentino y española, haya tenido que optar por la nacionalidad española para incorporarse sin problemas a la universidad; o que Ignacio Colombres, primer premio de pintura en Argentina, sea profesor particular de dibujo. Así, hay tantas historias (vendedores ambulantes, lavaplatos, afa-

nadoras) como emigrantes y sus familiares.

Entonces viene lo que Gustavo Prieto llama "dilema del desterrado". Por una parte subsisten los que nostálgicamente le dan vueltas a la idea del regreso, cada vez en condiciones menos creíbles, y por otra, los que, haciendo tabla rasa de su raigambre, cierran los ojos y se disponen a renacer integrados en la sociedad que los acogió.

A diferencia de los exiliados argentinos, los chilenos que emigraron como consecuencia del golpe de septiembre de 1973 "fueron mejor recibidos en los países socialistas y protegidos por los partidos comunistas de Europa y América. Nosotros, no, los argentinos sufrimos una especie de orfandad política que tratamos de compensar con los llamados a la unidad en el exilio", subraya Gustavo Roca.

Resistiendo la xenofobia, la marginación laboral, la inseguridad legal, las campañas de desprestigio contra el exiliado (orquestadas desde la embajada argentina, según Gustavo Roca) y la tentación de integrarse y olvidar todo, cortando por la raíz el legado nacional, centenares de miles de trabajadores latinoamericanos —pertenecientes a los sectores medios en su gran mayoría—, esperan y luchan porque las dictaduras se derrumben, entediendo su destierro "como una beca de aprendizajes distintos, para que al regreso esa riqueza cultural se pueda aplicar al país, en la construcción de la comunidad que se emprenderá", ha dicho otro exiliado argentino, Julio Cortázar.